

En el sereno azul del Firmamento:
Sobre la nieve de su faz divina,
Al leve soplo de adormido viento,
Giran sus trenzas de ébano bruñido,
Donde las auras quiebran su gemido:

Mira a la Luna, que en silencio y leda
En la encarnada bóveda se mece
Como una antorcha fúnebre; su rueda,
Que de encendidos globos se guarnece,
Suspendida en sus ámbitos se queda
Cual blanco lirio que entre rosas crece,
O como encima del volcán que brama,
Cercos de nieve entre la ardiente llama:

Su vista incierta en los espacios gira,
El astro de la noche contemplando;
Cuando oye un eco plañidor que expira
De alguno que la llama suspirando:
Alza los ojos con espanto, y mira
Por la callada atmósfera cruzando
Mudo fantasma que hacia sí la evoca,
Y estos acentos lanza de su boca:

—«Oyeme ¡oh Reina!: que el Averno en donde

Tengo mi cuna, mi palabra anhela:
El huracán se amansa, y me responde:
A donde dió yo, la muerte vuela.
Si quiero, el Sol en su zenit se esconde,
Y en paño funeral su frente vela.

—Oyeme ¡oh Reina!: a la segunda aurora,
No habrá Don Sancho, y vivirá Zamora.»—

Dijo, y se huyó: y el viento desatado,
En son de tempestad roneo mugiendo,
Se oyó por los espacios dilatado,
Las voces del fantasma repitiendo.
De esperanza y temor al par colmado
Sintió la Reina el pecho; no sabiendo
Si era verdad lo que mirado había
O sueño de su loca fantasía.

Luce entre tanto ya la nueva Aurora,
Que mece el soplo de ligera brisa,
Rigiendo el carro que engalana Flora,
Y con nevados pies el Cielo pisa:
Brilla la fuente que su rayo dora,
Nace el clavel de su fecunda risa,
Y sumergida en ondas de oro y grana
Los montes y los valles se engalanan.

JUAN DONOSO CORTES

Coronación canónica de la Virgen de la Victoria, excelsa Patrona de Trujillo

SENTIDO TEOLOGICO DE LA CORONACION DE LA VIRGEN MARIA

El misterio profundo, adorable, consolador, de la Coronación de la Santísima Madre de Dios, es como el fúlgido complemento de su vida gloriosa. Aparece, dentro del áureo marco de su concepción teológica, como la plenitud definitiva de sus gracias, la celeste consagración de sus grandezas y el emplazamiento ya inmutable de esta Gran Señora, en el lugar eminente de la gloria, desde donde ejerce su universal imperio señalado por Dios, «en el principio de sus caminos».

La Virgen María, vestida del sol y calzada de la luna, mereció ser coronada con doce refulgentes estrellas por la Trinidad Beatísima ante el senado celestial de Angeles y Santos, en gracia a la encumbrada dignidad de su maternidad divina, origen fontal de todas sus grandezas, al decir del Angélico Doctor y de nuestro P. Suárez, y en reconocimiento expreso, del poder supremo que ejerce sobre toda criatura, después de Dios.

María es «Reina», por ser Madre de Dios, Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Y como Madre, el Señor la cubrió con ricas vestiduras de salud y el fastuoso ropaje de justicia. Y como a esposa, la adornó con alhajas deslumbradoras, poniendo sobre su cabeza, erguida como una linda flor de santidad, la diadema del celeste y universal imperio de la luz, de la paz y del amor.

Por ello, esta eximia y preclara Estrella de salvación, reina con su Hijo Cristo Jesús, en el cielo y en la tierra, participando del poder divino y teniendo en sus manos, de lirio blanco, el gobierno del mundo, asociada con Jesucristo. Pero además, es doctrina teológica, que todos los bienes y las divinas riquezas que nos conquistó el Redentor, los distribuye su Madre, la Virgen María, como ejercicio benéfico y perenne de su prerrogativa soberana.

Con exacta razón llaman los Santos y la Iglesia, a tan celestial Señora: Distribuidora de todas las gracias. Porque, todas las gracias, como enseña San Bernardo, quiso Dios, que las tuviéramos

por María. O como bellamente dice el apasionado defensor de las glorias de la Virgen, San Alfonso M. de Ligorio: «no baja al mundo ninguna gracia celestial, que no sea por conducto y mediación de María».

Señalemos, por tanto, los tres más relevantes atributos que adornan y esmaltan la santidad de la Virgen María: Inmaculada Madre de Dios, Reina del Cielo y Mediadora de todas las gracias.

II

BELLEZA LITURGICA DE LA CORONACION DE LA VIRGEN MARIA

La coronación de las imágenes de María, es una prueba del universal dominio de la Santa Madre de Dios. Representa a un tiempo, el reconocimiento oficial, por parte de la Iglesia, de la realeza de la Virgen y una afirmación plebiscitaria de los pueblos que la veneran, de su influencia constante y secular sobre las almas. La sagrada liturgia de la coronación está henchida de un alto y lírico rumor de soberanía, y proclama, la continua eficacia de sus maravillosas grandezas y el auge esplendoroso de las glorias incomparables de esta Reina sin mancilla.

Sus oraciones y cantos están empapados de un angélico y tierno amor hacia la Santísima Virgen, resaltando, la viva y fervorosa aclamación de los fieles que siempre han reconocido en esta celestial señora, la excelencia y poder de su dignidad real: La Virgen María, rosa blanca por su virginidad y purpúrea por su caridad ardorosa, es, según la liturgia eclesiástica, el gozo de todo el pueblo cristiano, el objeto perenne de sus alabanzas, el refugio seguro en sus necesidades: La Reina de todos los corazones, por su condición más elevada de ser Madre augusta de Dios.

La Iglesia, en el Oficio propio de la Coronación, dedica a María, flor sin espinas, las más bellas y dulces plegarias: «El Señor te corona con sus misericordias, te coronará con gozo sempiterno y pondrá en tu cabeza corona de eterno honor, y manifestará tu esplendor a todo el que está bajo el cielo». Y prosigue: «Se levantó el Rey al encuentro de la Madre y la hizo sentar a su diestra, poniendo sobre su cabeza, diadema real, y la dió potestad sobre todas las gentes y la hizo reinar». «Tú, Señor, canta la liturgia, la coronaste y la constituiste sobre todas las obras de tus manos». «El Señor que te corona manifestará tu esplendor a todo lo que está bajo el cielo».

Así, cuando los pueblos movidos por la marea de la devoción religiosa hacia la Madre de Dios, y guiados por el pensamiento litúrgico de la Iglesia, coronan a la sagrada imagen de su Patrona semejan o imitan aquellas celestes fiestas triunfales y deslumbradoras, celebradas en honor de la Virgen María, después de su gloriosa asunción en cuerpo y alma al cielo, al ser ceñida su cabeza con la real y eterna diadema de oro y piedras preciosas, como a Soberana Emperatriz de todo lo creado.



NUESTROS ARTISTAS.—«La partida de Tute», por Antonio Solís Avila

III

CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN DE LA VICTORIA
NUESTRA EXCELSA PATRONA

La coronación canónica de la Santísima Virgen de la Victoria, ha de ser como un venturoso presagio de que se acelera, entre nosotros, el advenimiento del Reino de Dios. Pero como el más derecho y seguro camino para ir a Cristo es María, por medio de esta Gran Señora hemos de llegar a Jesús. Este ha de ser, por tanto, el simbolismo dominante de las fiestas religiosas de la coronación de nuestra excelsa Patrona: *Ad Jesum per Mariam*.

Pensemos cómo en los tiempos modernos, los pueblos retornan a Cristo, por la proclamación de la realeza de María: María es camino y puerta abierta, «escala celeste», por donde los hombres van a Jesús.

En nuestra ciudad, esta sólida creencia en las gracias y dones de la Santa Madre de Dios, ha sido siempre el dulce imán de todas las almas, la más segura garantía de su fe religiosa, el signo de nuestra grandeza y poderío: La historia ejemplar de Trujillo y de los pueblos a él vinculados, está tejida con el hilo de oro de fervientes amores marianos: La «opinión pública», la «atmósfera popular», el ambiente sereno que palpita en la vida cotidiana, están ungidos con el aroma venerando de esta rica y piadosa tradición.

Singularmente desde aquel día dichoso y triunfal, 25 de Enero de 1232, de nuestra era; cuando la Virgen María, por modo milagroso, mostrándose parte a favor del pueblo cristiano, decidió la lucha en contra del árabe invasor. Desde aquella fecha radiante de gloria y de triunfo no hay un solo hijo de esta gran ciudad, que no haya invocado, en la canción del tiempo, su protección valiosa, la ayuda permanente y el amparo divino de nuestra celestial Patrona.

Mas ahora, en esta oportunidad feliz, la piedad tradicional del Trujillo valeroso y devoto de la Santísima Virgen María, vuelve a florecer, como en los días más brillantes de su historia, cuando aquellos capitanes gloriosos y conquistadores invencibles que alumbró el mundo, saltando sobre el mar en alas de su espíritu heroico y religioso llevaron a las tierras de América, el amor a la excelsa Madre de Dios, amor y devoción encendida, que aún pervive, como llama inmortal y claro testimonio de la obra evangelizadora, de magnitud incomparable, que España realizó en aquellas espléndidas regiones del planeta.

El lema invariable de la coronación ya está señalado: Todos a Jesús por la Santísima Virgen de la Victoria.

IV

LA CORONA DE NUESTRA VIRGEN

Vamos a coronar la imagen bendita de la Santísima Virgen de la Victoria.

Nuestra Reina ha de ser Reina Coronada. Reina con corona, con todo el alto y rico simbolismo que entraña y atesora esta singular prerrogativa de la Santa Madre de Dios: Fuente de gracias que brotan impetuosas de Jesucristo; manantial de sabiduría; aureola de santidad; imperio de misericordia y amor; signo de realeza; feliz soberanía; señal certera de triunfo y júbilo... suprema dignidad en el cielo y en la tierra, después del Altísimo.

La bella y valiosa Corona que va a ceñir las sienas sagradas de nuestra excelsa Virgen de la Victoria, ha de ser una realización feliz de la colaboración de todos. Una opulenta Corona fabricada con nuestras generosas aportaciones esmaltadas con las valiosas perlas de nuestras plegarias, circundadas por radiantes estrellas de una devoción mariana ejemplar, rematada con la cruz cimera, símbolo sagrado de gloria y triunfo del divino Redentor.

Ni uno solo de sus hijos y devotos, ha de quedar sin contribuir lo más ampliamente posible con donaciones en metálico, obsequios de joyas y alhajas, invocaciones piadosas, plenas de confianza en la Madre: La Corona y los actos litúrgicos propios de la Coronación, han de ser la expresión viva de nuestra fe ardorosa y sincera, una muestra sin igual de amores encendidos hacia tan celestial Patrona, la Santísima Virgen de la Victoria.

Esta Corona, que vamos a ofrecer a nuestra Reina, ha de imitar aquella otra, celeste y suntuosa, de oro y piedras preciosas, que el Señor puso a la Virgen María; y las fiestas de la Coronación han de estar modeladas por las más esplendorosas y rebrillantes que se celebraron en la Gloria, cuando esta Santa Madre de Dios y Madre nuestra, fué Coronada como Reina y Señora de todo lo creado.

La Virgen de la Victoria, excelsa Patrona de Trujillo, va a ser, bien pronto, nuestra Reina-Coronada.

MARCELINO GONZALEZ HABA

Trujillo. Año de la Coronación.



ORACION del MAESTRO

SEÑOR:

¡¡Yo que soy una hormiga que trabaja entre flores

—porque flores y niños son una misma cosa—

Yo que gozo en sus risas y sufro en sus dolores,

y cuido en el jardín de sus albores

la más preciada rosa!...

Inspírame, Señor, dame tu aliento

y sembraré en sus almas armonías,

que esas vidas en flor que me confiás

se iluminen en luz del pensamiento.

Enriquece en saber mi entendimiento

y lléname de amor esta obra mía,

crisol donde se funden la alegría

y el aroma inmortal del sentimiento.

Vierte nardos de fe, protege y mira

con ojos amorosos mis anhelos

de sembrador de luz y de fragancia.

Haz que vibre de amor mi pobre lira

y florezcan en rosas mis desvelos

en el jardín risueño de la infancia.

Portezuelo, 1953.

GREGORIO GALLEGU CEPEDA